

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA: PERFIL DE UN MAESTRO

Por Lilliam García de Brens

1. Introducción

Pedro Henríquez Ureña fue un notable literato, escritor y filósofo, pero sobre todo fue un maestro poseedor de una amplia y sólida cultura humanística y de una actitud permanente de servicio que le impulsó continuamente a dejarse encontrar por los demás, sin importarle las barreras de lengua, color o condición social; sino simplemente movido por el interés de contribuir al acercamiento cultural. De allí que al hablar de Pedro Henríquez Ureña haya una referencia natural al magisterio y hablar de magisterio es hablar de personas y hechos, es hablar de humanismo y nacionalismo, es hablar de identidad y realización personal, es encontrar grandezas en las cosas sencillas de la vida y en la cotidianidad del ambiente, es encontrar creatividad.

2. La Familia

Fue hijo de Francisco Henríquez y Carvajal, político y educador de probidad moral, y Salomé Ureña, poetisa y educadora de amplia visión de futuro, quien con su empeño amplió el horizonte de la educación de la mujer dominicana e impulsó la educación normalista contribuyendo a la profesionalización del magisterio. Pero la mayor gloria de esta mujer fue haber encauzado una familia ejemplar.

El cultivo del genio es tan importante como la genialidad misma. Puede ser más determinante el ambiente que la disposición natural en sí, y en el caso que nos ocupa ambos elementos se conjugan armónicamente a nivel personal y familiar.

Los Henríquez Ureña constituyeron un hogar donde la dinámica familiar permitió el desarrollo de una actitud positiva hacia las letras y el cultivo de la vocación pedagógica. Allí el ambiente literario fue algo natural. Desde temprana edad los hermanos Henríquez Ureña

son introducidos en el fascinante mundo de la literatura, guiados por los padres; ambos de sólida formación cultural, que les permitió escoger para sus hijos las más selectas y adecuadas obras de la literatura, las que eran analizadas y comentadas en las cotidianas reuniones familiares al calor del hogar. Probablemente como reminiscencia de su propia experiencia comenta Pedro, aconsejando a Alfonso Reyes, sobre la educación de su hijo: “Recuerda que ya es tiempo de educarle los ojos, los oídos y las manos: que aprenda a dibujar y a tocar el piano y a solfear. A pequeñas dosis, estas cosas, no le pesarán”.¹

El cuidado, la orientación y la estimación de los valores humanos fue la parte más importante en la primera educación de Pedro Henríquez Ureña y sus hermanos: “Creo que todo el mundo gusta de aquello en que se educa”.² El hogar de esta familia, ambiente doméstico superior al promedio de los hogares, fue escuela fecunda, escenario de las primeras y más fascinantes experiencias de aprendizaje que acercaron a la comprensión de los primeros principios de las ciencias³.

Pedro heredó de sus padres su vocación hacia el magisterio y el gusto por la literatura y la ciencia; ambos fueron sus primeros maestros, con quienes compartieron sus hijos en la infancia sus intereses literarios. Es fácil imaginar la ternura con que la madre visionaria⁴ modelaría el temperamento de sus hijos asentándoles sobre valores de profunda significación espiritual.

En el transcurso de su vida, que se plasma íntima y emotiva en el intercambio de correspondencia con Alfonso Reyes, se descubre una persona atada sentimentalmente a su familia, con quienes se mantuvo siempre unido a pesar de la distancia. Tierno con sus parientes femeninos, constante en el trato filial de quienes destaca sus éxitos y en quienes proyecta parte de sus sueños de realización colectiva. Atento a mil detalles de la cotidianidad que afectaba a los suyos: los estudios de Camila, la actividades profesionales de Max, la salud de sus tíos, la educación de sus medios hermanos y los afanes políticos de su padre ocupan su mente y son el centro del coloquio epistolar con su amigo. En los postreros años de su existencia, en relación quizás a la última reunión con su familia secundaria realizada en ocasión de su estadía en Estados Unidos en 1941, donde fue invitado a dictar una serie de conferencias en universidades, institutos y centros culturales, a modo de disculpa expresa: “Me fue imposible intentar siquiera el viaje a México: tenía que optar entre La Habana, donde vi a mis dos hermanos, Fran y Camila, y a mis tres medios her-

manos, y a mis cuatro cuñados, que son a la cual mejor, y a mis dos únicos sobrinos y a mis dos tias, una de ellas muy enferma, y muy queridas de todos...”⁵

Con responsable sentido de la vida de hogar, el matrimonio y la paternidad, emprendió Pedro Henríquez Ureña la tarea de edificar su propia familia, en el seno de la que encontró el educador la tranquilidad y estabilidad emocional que sus inclinaciones personales le exigirían: “A mí me agrada el afecto familiar de las mujeres”⁶, expresa refiriéndose sin lugar a dudas al cuidado, la dedicación y la delicadeza con que la mujer - esposa y madre - se afana en impregnar con el recuerdo de su presencia cada rincón, cada detalle, cada momento. En la parte final del intercambio de correspondencia con Alfonso Reyes, son constantes las alusiones a las satisfacciones que encontraba en su hogar junto a su esposa.

3. El Maestro

Desde los primeros años de su vida Pedro reveló el ingenio del maestro; así lo indica su hermano Max al expresar: “Fue él, pues, mi primer maestro en los rudimentos de las matemáticas. Desde tan temprana edad demostraba él su natural vocación y aptitud para la enseñanza”.⁷ Y maestro continuo a través de toda su existencia. Ejerció un magisterio con entrega absoluta, optó por la enseñanza como su profesión, no obstante haber tenido otras posibilidades de desarrollo personal en otra esfera. Sin duda cosechó los dulces frutos de la labor cumplida expresada en la satisfacción del alumno que retorna a estrechar las manos del maestro; y es probable que fuera presa del desconcierto al enfrentar el reclamo del alumno a quien no llegó, en quien el mensaje espiritual no penetró y, por consiguiente, fue estéril a la intención educativa del maestro que sobrio y ecuánime confiesa cierto desapego de las cosas: “Yo más fuerte que nosotros. Tengo el inveterado egoísmo de no echar de menos a nadie”.⁸ Supo ser maestro y amigo, así lo reconocen grandes intelectuales de América y Europa: Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato, José Enrique Rodó, Juan Ramón Jiménez, entre otros, quienes reiteradamente le han reconocido tanto por sus creaciones literarias como por su práctica docente: “De Pedro Henríquez Ureña sé que no era varón de muchas palabras. Su método, como el de todos los maestros genuinos, era indirecto. Bastaba su presencia para la discriminación y el rigor”⁹.

Durante toda su vida compartió sus actividades entre el estudio disciplinado, la docencia, sus quehaceres literarios y su vida de hogar.

Catedrático en universidades de México, Argentina y EE.UU., en cada uno de estos países conquistó prestigio y reconocimiento. Fue un hombre de letras, un hombre de trabajo, definido intelectual y educador que refundía su labor con la del educando. En todo momento maestro¹⁰, estudiante de cultura y devoto del trabajo, su vida fue enseñanza y constante aprendizaje. En las cartas a Alfonso Reyes se delata que no desaprovechó ocasión para el sabio consejo y la orientación atinada, así para las cosas triviales como para las fundamentales.

Siempre estuvo movido por el afán de ampliar la formación intelectual y moral tanto propia como de quienes con él se relacionaban, ya fuesen alumnos, amigos o familiares.

Pedro Henríquez Ureña fue cultura viviente y su vida, cantera de aprendizaje, la aspiración a un saber de primera mano, "la seriedad en el estudio, la disciplina y el rigor del método, la exactitud de las informaciones, la minuciosidad en los análisis, probidad y la rectitud en el juicio crítico"¹¹, y la adaptabilidad y comprensión del alumno, son los rasgos que le definen como maestro.

Las obras de Pedro Henríquez Ureña, en general, reflejan una enseñanza, un consejo, una observación certera y útil y un encauzamiento hacia lo provechoso. En la filosofía de la educación dominicana, entre los fundamentos que soportan nuestra escuela, debería insertarse el espíritu de las enseñanzas de este maestro, que se proyectó en la educación como empresa enriquecida por los valores que animaron sus actuaciones: fraternidad, mutua cooperación, inquietud por la verdad, creatividad, interpretación propia basada en el rigor científico y en la sistematización del dato, del método y del procedimiento, sin perder por ello su basamento personal y libre.

Pedro Henríquez Ureña en reiteradas ocasiones ha sido llamado el Sócrates de América por su temperamento de maestro. Al respecto dice su hermano Max: "La personalidad de Pedro Henríquez Ureña se singularizaba por su temperamento de maestro. Conversar con él era aprender, enseñaba siempre con naturalidad y sin esfuerzo ni vano alarde de saber"¹².

Siempre presto a corregir los errores de sus alumnos, animado por la intención de contribuir a la elevación intelectual de éstos, como expresa su hermano Max, "siempre creyó que era así como mejor cumplía su labor socrática"¹³, y Jorge Luis Borges, al reiterar el es-

espíritu socrático de Pedro Henríquez Ureña comenta: “Le agradaba estar entre gente joven - a quienes comprendía y de quienes expresaba: “Cada generación establece, un poco al azar su tabla de valores, agregando unos nombres y borrando otros, no sin escándalo y vituperio, y al cabo de un tiempo se retoma tácitamente el orden anterior”¹⁴. El afán de orientar a los jóvenes fue una de sus virtudes más sobresalientes. Así como Sócrates, fue exquisitamente cortés en su trato con los demás y, al igual que éste, ponía especial cuidado en no herir los sentimientos cuando hacía críticas o disensión de su interlocutor. Corregía los errores con discreción y deferencia: “Imposible corregir con más cortesía”¹⁵. Se complacía más en alabar que en censurar, sin por ello dejar pasar un error sin corregir. Su dedicación a la enseñanza fue ejemplar: hombre sabio y virtuoso que creyó más justo y noble el deber de la enseñanza que cualquier otra actividad.

Maestro comprensivo, pero riguroso, rigurosidad que se manifestaba en la dedicación con que corregía en sus alumnos la expresión y el uso del lenguaje, tanto oral como escrito.

Maestro es aquella persona que se distingue por su entrega a los demás y quien se realiza en lo que hace; no puede ser masa, elemento alienado que se deja conducir indiferentemente por los reclamos y exigencias despiadadas del consumismo y que se convierte en autómatas de un hacer que corta la creatividad. Pedro Henríquez Ureña fue un espíritu libre, pero de acciones muy disciplinadas. Esa libertad fue reflejada en la insatisfacción por las situaciones que le ataban: “Ahora no soy más que una máquina de hacer artículos”¹⁶, escribe a Alfonso Reyes y, refiriéndose a sus actividades como corresponsal: “El encierro obligado para escribir me enerva”¹⁷. Fue un maestro que encarnó valores dignos de emularse y su mayor valor fue ese espíritu de permanencia en el plano profesional. Hombre humilde que reconocía sus errores y flaquezas, virtudes y capacidades, tanto en el plano individual como en el social. No fue un superhombre. Fue un hombre en lucha constante con la vida.

En el plano personal no fue una excepción que aparece cada mil años; por el contrario, fue el protagonista de una vida sencilla: “El estudio me resulta difícil (tan intenso como debería hacerlo) teniendo pendiente un problema de vida no resuelto”¹⁸, acusado por expectativas no satisfechas, por problemas existenciales no resueltos: “¡Quisieran los dioses procurarme la paz”¹⁹.

Fue maestro que apreció y buscó la orientación y el consejo de sus amigos: “Yo necesito siempre de consejos. Creo que no he pu-

blicado un solo artículo sin mostrarlo y pedir opinión previa”²⁰; fue otra de sus características la moderación: “... he podido vociferar que nunca he pedido nada y que como es cierto todo se me ha ofrecido”²¹. Fue un hombre consciente de sus flaquezas y debilidades, pero siempre dispuesto a superarse: “Tú sabes que yo estoy siempre dispuesto, a echarme culpas y corregirme”²², expresa en una de sus cartas a Alfonso Reyes. Fino observador de la naturaleza humana, creyente fiel de la superación espiritual de los demás.

4- Integridad Intelectual y Moral

Como maestro y hombre virtuoso, “rara vez condescendía a la censura de hombres o pareceres equivocados”²³, afirma Borges, y Rodríguez Feo confirma que era intransigente en sus opiniones y su sinceridad no tenía límites cuando había que enjuiciar lo que parecía falso o exagerado. Su benevolencia no era razón para ignorar errores de juicios. Y él mismo afirma: “He llegado a pensar que no debemos aceptar ninguna situación sobre la cual pueda caer la menor sombra de duda, aunque interiormente tengamos absoluta pureza de intención”²⁴.

No vivió de la moda, por el contrario, vivió de acuerdo a valores de mayor permanencia, confirmados, entre otras cosas, por su respeto a la tradición familiar llevada una forma de vida disciplinada y comedida, no sujeto al esplendor como se manifiesta en las cartas personales escritas a Alfonso Reyes.

Siempre dispuesto a reconocer sus errores y corregirse, evitando el impulso de exigir a los demás la perfección que no poseemos. Vivió preocupado por su perfeccionamiento moral, “entregado a la observación humana y a la elaboración espiritual”²⁵, que estimó por sobre el éxito intelectual: “Soy superior en la vida a lo que soy escribiendo”²⁶, y estuvo siempre dispuesto a la superación personal y a aceptar el reto social que sus condiciones de intelectual y maestro le exigían.

Quiso trascender su presente y lo logró: “No quiero pasar a la historia como una “leyenda engañosa: personaje de quien se cuentan cosas de interés espiritual, originalidad, influencia y demás y que en su obra resulta ser un escritor sin libros, y de unas ideas y de un estilo más o menos académicos y acaso pedante”²⁷. Aun en sus escritos quiso ser el reflejo de su ambiente: “Quiero llegar a escribir con libertad, y cosas creadas en la fecunda conversación”²⁸. Creyó en el

intercambio del escritor con el pueblo, con la plaza pública, donde encontraría actualidad y vitalidad: ...“No es lo mismo vislumbrar la civilización a través de los libros que verla en los pueblos. De lejos llegamos a figurarnos que la naturaleza humana no es una; de cerca, vemos que en realidad es una sola, pero aprendemos a conocer las verdaderas diferencias íntimas y esenciales²⁹ .

La actuación de Pedro Henríquez Ureña ante la vida fue de aprendizaje continuo, actitud que se refleja en la evaluación sistemática de sus acciones y en las relaciones sostenidas con los demás, tanto en el plano personal como en el docente. Así, refiriéndose al comportamiento reprochable de un amigo comenta: “... debemos aprender de él ... por lo menos aprender a no ser como él, aprendiendo mejor lo que debemos ser”³⁰ .

5- Americanismo e Identidad

Americanista consumado, defensor incansable de la identidad hispanoamericana. En sus ensayos se transparenta su persistencia en pensar y trabajar en busca de opciones que testimoniaran la “expresión propia” de la identidad americana, que afectaba a su propio país, a cuya nacionalidad permaneció fiel³¹ : “En mayor o menor grado, toda nuestra América tiene parecidos caracteres... cuatro siglos de vida hispánica han dado a nuestra América rasgos que la distiguen”³² .

En *El Descontento* y *La Promesa*, recuerda que Rodó afirmaba: “Solo han sido grandes de América aquellos que han desenvuelto por la palabra o por la acción un sentimiento americano ... Hay de nuevo en la América Española juventudes inquietas, que se irritan contra sus mayores y ofrecen trabajar seriamente en busca de nuestra expresión genuina”³³ .

De esta manera Pedro Henríquez Ureña refuerza su creencia de que es el idioma la expresión más genuina de la identidad nacional y el instrumento más eficaz para mantener los valores que dan a un pueblo su fisonomía particular; así expresa: “Mientras Santo Domingo fue Capital del mar Caribe (Epoca Colonial) el orgullo de sus privilegios daba tono señorial al habla”³⁴ . El idioma es el sello propio que mantiene vivo el sentimiento de pertenencia de un grupo culturalmente diferente; razón del porqué de la tenaz oposición o rechazo del pueblo dominicano a la franco-africana Haití, de idioma distinto. En un largo proceso de lucha contra esta nación aprendería el pueblo dominicano a aspirar a su independencia. El sentimiento del idioma

es exaltado por el orgullo, por la defensa contra culturas de “raíces espirituales distintas”³⁵. La identidad nacional está ligada a la necesidad del perfeccionamiento del idioma, en su aspecto de instrumento de comunicación y en el caso del americanismo, paso previo a una literatura genuinamente americana, donde se expresarían los elementos fundamentales de un modo de ser y vida propia. Luchó con las palabras y la enseñanza para que los latinoamericanos encontrasen su expresión propia. Sus ensayos, en busca de nuestra expresión, son un ejemplo. Claramente estableció la cultura como el vínculo de unión latinoamericana. Según Borges, “para Pedro Henríquez Ureña, América llegó a ser una realidad; las naciones no son otra cosa que ideas y así como ayer pensábamos en términos de Buenos Aires o de tal provincia, mañana pensaremos en América y alguna vez del género humano.”³⁶

Pedro Henríquez Ureña representa el concepto americano utilizado en la obra humana que es la cultura: Síntesis de las particularidades propias de la creación individual - nacional: “Al nombre de Pedro se vincula también el nombre de América. Su destino preparó de algún modo esta vinculación; es verosímil sospechar que Pedro Henríquez Ureña, al principio, engañó su nostalgia de la tierra dominicana suponiéndola una provincia de una patria mayor. Con el tiempo, las verdaderas y secretas afinidades que las regiones del continente le fueron revelando, acabaron por revelar esa hipótesis”.³⁷

América, para Henríquez Ureña, es América Latina. De aquí la distinción entre América buena y América mala en función de las divergencias de cultura. América buena, en el orden político y económico, representa países bien organizados, la estabilidad, desde el punto de vista artístico, la templanza, serenidad y discreción. América mala, tropical, frondosa y enfática; inestable política y económicamente. En la América buena, la cultura va adquiriendo “forma y estabilidad” y en ellas las letras se vuelven actividad normal. En la América mala “las instituciones de cultura, tanto elemental como superior, son víctimas de los vaivenes políticos y del desorden económico”³⁸ Pero es nuestra América, pensaría el maestro. Americanismo que refleja nuestras ansias de una sociedad más justa y libre y encuentra su sentido histórico y proyección futura en el ideario político que sigue la tradición de Martí. En sus escritos sobre el destino de América, en “Patria de la Justicia”, se lee: “Los hombres de buena voluntad creyeron que la primera utopía que se realizó sobre la tierra fue la creación de los Estados Unidos de América, pero después de librarse, de acoger en su seno con generosidad a las víctimas de todas las tiranías, el gigante del norte se volvió opulento y perdió la cabeza. En-

tonces, la democracia que se había constituido para bien de todos, se fue convirtiendo en la factoría para el lucro de unos pocos. Hoy el que fue arquetipo de libertad es uno de los países menos libres del mundo".³⁹

6- Patriotismo y Nacionalismo

Quizás se sintió comprometido con su patria y consigo mismo en la búsqueda del saber, pero el patriotismo de Pedro Henríquez Ureña, entendido muy a su manera, no tuvo fronteras y se confundió con la aspiración de difundir sus mejores conocimientos aquí o allá. Aspiración cristalizada en diversos países, menos en su patria de origen, donde sus ilusiones de maestro se estrellaron contra un medio social perturbado por la inestabilidad política de aquel tiempo, que configuraba un ambiente que no estimulaba a nuestro educador, que también era un pacifista.

No se puede hablar de Pedro Henríquez Ureña en cuanto patriota, conforme a los términos tradicionales de patriotismo y a la convicción generalizada que confunde patriotismo con praxis política y/o acción bélica en defensa del espacio social.

Definitivamente rechazó la política, lo que confirma reiteradamente en sus cartas a Alfonso Reyes: "... Un día lo contrarié - a su padre - declarándome enemigo de la idea patriotismo"⁴⁰. "Phocas estuvo aquí diez días. Ya no me fue compañía tan grata como yo esperaba. Vino lleno de revolución y política dominicana, que no son de lo mejor que existe (él mismo convenía en que ni con sus ideas sería fácil componer aquel país"⁴¹. "Phocas no va a Europa. Está metido en política dominicana, por tanto menos agradable que antes"⁴², "... mucho he tenido ya que pagar culpas de ser amigo personal de políticos, y no quiero que se me siga clasificando políticamente, puesto que detesto la política".⁴³

Quizás las experiencias unidas en su proceso de formación produjeran en Pedro Henríquez Ureña expectativas de vivencias y de realización personal que trascendieron los limitados contornos de nuestra media isla. No fue educado como isleño. La lectura posiblemente despertó en él una comprensión del mundo, de las cosas y de los individuos mayor de la que demandó el medio en que nació. Su concepción del universo demandó un horizonte más amplio. Su identidad tiene la dimensión de la cultura. Su aspiración como ciudadano estuvo motivada por el desarrollo de una auténtica cultura latinoamericana,

nacida de la armónica conjugación entre nuestra herencia indígena, negra y española.

Pedro Henríquez Ureña no desestimó su pueblo, nunca renegó de su nacionalismo, pero no encontró la tranquilidad y a la vez el reto espiritual que demandaba su inquietud de creador. “Las virtudes de la civilización” no se encontraban en su patria de origen convulsionada por los afanes políticos que no fueron del acomodo del maestro. Esas “virtudes de la civilización” que no encontró en México, Cuba y por supuesto tampoco en Santo Domingo, propias de los pueblos desarrollados y que son las causa de la “fuerza nacional”, que confiesa poseer y que se traduce en tolerancia, objetividad, paciencia y equilibrio emocional: “pero veo que, al observar en Francia las virtudes de la civilización que no se conocen en México, las atribuyes equivocadamente al país. Todo lo que dices lo conozco (de dónde, si no sacaba yo mi fuerza racional, que nuestro grupo hallaba rara en México?), y lo he vivido en un país, realmente, menos civilizado que los europeos: los Estados Unidos. Mi crisis fue menos que la tuya (aunque, por ejemplo, tardé en acostumbrarme a usar corriendo de los formidables tranvías neoyorkinos), porque yo era mucho más joven y odiaba la incivilización. La disciplina?, el andar hábilmente?, el hacer colar?, el trato democrático?, el olvidarse de sí mismo en la calle, - verdadera necesidad para mí? Todo eso y mil cosas más, aprendí en los Estados Unidos. Ya, en México, yo estaba acostumbrado a no creer que me miraban por la calle, por inercia de vida neoyorkina. En realidad, creo que allá se observa un poco y más a ti, por notoriedad familiar, pero donde sucede eso, realmente, es en las Antillas: Aquí sí miran al que pasa, a veces de manera insistente, y aun hacen comentarios audibles”⁴⁴.

Patriota es aquel que se da cuenta de las realidades y llega a convertirse en fuerza civilizadora de su país, aquel que lleva a su país a trascender de los asuntos puramente interiores proyectándole en el plano internacional.

7- Humanismo, Cultura y Educación

Fiel representante del Humanismo en Hispanoamérica. Anderson Imbert expresa: “Fue un humanista formado en todas las literaturas, en todas las filosofías; y en su curiosidad por lo humano no descuidó ni siquiera las ciencias”⁴⁵.

Humanismo, asimilación de cultura, creación de la humanidad

en movimiento continuo intencionalmente dirigido a enriquecer a los individuos con los bienes producidos por las generaciones en el orden material y espiritual; animación de nuevas generaciones que aportan sus acciones al caudal inagotable de la creación humana.

Pedro Henríquez Ureña, uno de los dominicanos más ilustrados de todos los tiempos, irradió su luz en favor de todos los que con él interactuaban. Negó la imagen fría del sabio humanista, consumido en la obscuridad de su aposento y egoístamente inmerso en sus divagaciones, volcándose en la realidad del contacto real de la contidianidad de la docencia y el trato personal.

La cultura universal del maestro se concretiza en sus ideales americanistas: forma y fondo con distinciones claramente perceptibles. El fondo de la cultura es el carácter propio de los pueblos: "carácter original de los pueblos que viene de su fondo espiritual, de su energía nativa"⁴⁶. La forma, referente europeo en nuestro modo de ser americano-originalmente colonizado por la cultura occidental, que pretende desconocer la idiosincrasia nativa- contra el fondo, expresión del genio nativo (indígena-criollista) que nace popular y se eleva por el trabajo, la disciplina y el esfuerzo colectivo pero que permanece propio cuando no pierde la raíz del contexto en que nace.

Circunscribirse geográfica e históricamente no le hace menos humanista, antes por el contrario, reafirma la esencia del ser humanista: los valores del hombre como fin en sí mismo. La cultura va estrechamente ligada con el nacionalismo, la cultura es patrimonio social, derecho colectivo enraizado en el trabajo. Cultura es educación popular, y así lo expresa Pedro Henríquez Ureña: "No se piensa en la cultura reinante en la era del capital disfrazado de liberalismo, cultura de diletantes exclusivistas, huerto cerrado donde se cultiva flores artificiales, torre de marfil donde se guardaba la ciencia muerta, como en los museos. Se piensa en la cultura social, ofrecida y dada realmente a todos y fundada en el trabajo: Aprender no es sólo aprender a hacer. No debe haber alta cultura, porque será falsa y efímera, donde no haya cultura popular. Y no se piensa en nacionalismo político cuya única justificación moral es, todavía, la necesidad de defender el carácter genuino de cada pueblo contra la amenaza de reducirlo a la uniformidad de tipos solo que el espejismo del momento hace aparecer como superiores: Se piensa en otro espejismo, el espiritual, el que nace de las cualidades de cada pueblo, cuando se traduce en arte y pensamiento, el que humorísticamente fue llamado en el Congreso Internacional de Estudiantes, celebrado allí (México), el nacionalismo de las Jícaras y los Poemas"⁴⁷.

La alta cultura, de acuerdo a nuestro educador, es investigación y conocimiento desinteresado que nace del palpitar de un pueblo. Cultura profesional que incluye la técnica y la práctica. No obstante, Henríquez Ureña no fue un fanático de la cultura, entendiendo por tal una aberración intelectual que al adorar el conocimiento -obra humana y, como tal, medio- establece una jerarquía de valores donde las cualidades más importantes del ser hombre y de la vida misma quedan peligrosamente relegadas a un plano secundario. Sobre esta concepción es que se expresa el ideal de justicia sobre el ideal de cultura. “ ¡No hay que desesperar de ningún pueblo, mientras haya en él diez hombres justos que busquen el bien”.⁴⁸

El ideal de justicia precede al ideal de cultura. El perfil del hombre formado -acorde a las más tempranas expectativas pedagógicas- está contenido en el modelo de sujeto que antepone el reconocimiento del derecho ajeno a sus propios intereses. “Es superior el hombre apasionado de justicia al que solo aspira a su propia perfección intelectual, al diletantismo egoísta, aunque se ampare bajo los nombres de Leonardo o Goethe, o pongamos el nombre de Platón, nuestro primer maestro de utopía, el que entregó al fuego todas sus invenciones de poeta para predicar la verdad y la justicia en nombre de Sócrates, cuya muerte le reveló la terrible imperfección de la sociedad en que vivía”.⁴⁹

Consistente con sus principios de justicia, para él una de las primeras responsabilidades del intelectual es el compromiso con la superación de la ignorancia de su pueblo. Considerando, en el plano particular de América Latina, que el camino para lograr el afianzamiento de la fisonomía propia es la superación cultural. Y así, fiel y obsesionado tal vez, con el deber auto-impuesto de bregar con las armas que poseía -las ideas, en el plano de la expresión literaria y la acción, en el plano de la docencia- su afán en esclarecer la naturaleza prometedora de nuestra América; exuberante y enfática, donde “la ignorancia y todos los males que de ella derivan no son caracteres, son situaciones”.⁵⁰

Moderación y equilibrio en su vida y su obra de maestro y literato, fruto de una formación acrisolada en las fuentes de los clásicos, Platón entre otros, a quien admira y con quien comparte el ideal educativo; formación armónica alcanzada bajo el establecimiento de una jerarquía de valores, donde la justicia precede a la cultura. Educación, esfuerzo colectivo, disciplina y estudio sostenido, apertura ha-

cia los demás y captación de las posibilidades del medio; proceso, en suma, humanizante y socializante. Educación es afinamiento del espíritu que permite disfrutar la belleza expresada en la obra del hombre y en la naturaleza y conduce a apreciar la verdad expresada en las acciones y el pensamiento. Educación, conjugación de bienes culturales significantes para un grupo social y geográficamente distinto; experiencia resultante de la vivencia personal; subjetivización de elementos, ante dispersos, del pasado y el futuro en un presente que reclama su reconocimiento. Encuentro de generaciones de educadores y educandos que unificándose en la búsqueda de lo sustantivo aprenden juntos a discriminar de la realidad. Así, cada generación se realiza en unidad con la anterior y la sucesiva, pero se patentiza a través de sus características peculiares. Y, aunque cada generación tiene su tabla de valores, se unifica en la cultura, porque cultura es educación.

8- Comunicación, Tradición y Creación

La comunicación entendida como la síntesis de todas las facultades del espíritu humano -inteligencia, emoción y voluntad- ejercidas en el curso de la actividad social, es el reflejo de la plenitud humana que se alcanza en la comunidad.

Pedro Henríquez Ureña, filósofo práctico más que teórico, considera que la tradición es la base de la creación, y la tradición también es comunicación. Pero el hombre no pierde su identidad personal en el anonimato grupal, antes bien, se enriquece como sujeto que se percibe distinto; ni se esfuma su creatividad en los valores -carentes de sentido en el presente- de pasadas generaciones. Cuando el sujeto que logra su realización en la vivencia compartida logra retraerse del otro y objetivar las situaciones, alcanza la verdadera perspectiva de su ser propio, posibilidades y limitaciones; en este momento puede autoanalizar la efectividad de su acción en bien de la realización colectiva de ahí que el aislamiento traiga confianza en sí mismo.

El intercambio de experiencia, siempre positivo, de individuo a individuo o de nación a nación, debe realizarse sobre la base del reconocimiento y respeto de la personalidad y autodeterminación del uno y del otro. El intercambio activa la creatividad, la imitación aliena la iniciativa. Cada sujeto o pueblo tiene su fisonomía propia, su idiosincrasia particular que ha de ser superada por voluntad propia; como por voluntad propia han de ser escogidas las opciones. Para que un sujeto o nación sea feliz, para que pueda estar en capacidad de resol-

ver su problemática propia y responder adecuadamente a las situaciones conflictivas ha de estar en equilibrio consigo mismo, no puede estar en esa tensión interna resultando del desajuste de una personalidad básica o del resquebrajamiento de los valores, normas y costumbres propios.

El espíritu del pueblo es creador, capaz de producir pensamientos originales y mejores métodos, cuando los anteriores resultan insuficientes ante los nuevos problemas: "Todo país debe aspirar a encontrar en las creaciones de sus hijos las cualidades distintivas que deben ser la base de una cultura original".^{5 1}

9- El Estado y la Instrucción

La escuela, institución ordenadora con objetivos claros y consecuentes, fue para Pedro Henríquez Ureña la encargada de poner al individuo en contacto con la cultura y propiciar una explicación científica del mundo.

El maestro apreció la escolaridad como valor, al efecto creyó que la ausencia de escolaridad era responsable de generaciones intelectuales frustradas. El Estado tiene el deber de velar porque todo los individuos tengan acceso a la instrucción, pero no debe el Estado exceder sus derechos y obligaciones pretendiendo monopolizar la enseñanza. El excesivo poder los gobiernos acarrea reacciones populares que pueden ser positivas porque permiten la expresión de la creatividad individual y social y la expresión de posibilidades latentes; pero también esas reacciones pueden ser negativas por el peligroso desenfreno de las pasiones colectivas que acrecientan las posibilidades de inestabilidad social: "...ahora se estima que el Estado tiene el derecho y la obligación de intervenir en todo: en apariencias, sin cortapisas, como antaño; en realidad con limitaciones serias; su ingerencia debe ser justificada plenamente por la necesidad social, inequívocamente pedida por la Vox Populi, y sujeta a la discusión y a la crítica de todos los ciudadanos".^{5 2}

El fin del Estado es la protección de los ciudadanos. Esto es entendido como asegurar las condiciones sociales para que los ciudadanos puedan ejercer los derechos que como humanos les corresponden: preservación personal y colectiva, educación y satisfacción de necesidades básicas, primarias y sociales.

"El principio supremo a que debe tender la actividad del Estado

es favorecer el desarrollo progresivo del conjunto del pueblo y de sus miembros... Desde el punto de vista de la justificación teleológica, el Estado es la Asociación Soberana de los miembros de un pueblo, dotado del carácter de personalidad jurídica y cuya actividad sistemática centralizadora satisface, ejerciéndose por medios exteriores, los intereses solidarios del individuo, de la nación y de la humanidad, en el sentido de un desarrollo progresivo”^{5 3}.

La educación, como una de las principales funciones del Estado, es un bien común y como tal debe llegar a todos los ciudadanos, es deber del Estado proporcionarla, directamente o indirectamente; en tal sentido debe velar porque se mantengan las estructuras que la favorecen realizándose así la instrucción a través de instituciones privadas o estatales: “En la vida moderna, ser ciego no es mayor limitación que no saber leer, ser cojo es menos grave que no saber escribir. Supuesta la necesidad práctica de la educación, el primer deber del Estado es exigirla a todos; el segundo deber es darla a los que no tengan recursos para proporcionársela a sí mismo”.^{4 5}

Contra las teorías que favorecen una libertad de opción extrema de que “si el hombre es libre, lo es plenamente, lo es para ser ignorante, si quiere; para dejarse arrebatar el fruto de su trabajo, si quiere; para privarse de la libertad, en suma”,^{5 5} favorece Henríquez Ureña la libertad por fuerza; donde se justifica que el Estado puede existir sobre la educación. El primer deber del Estado será, por tanto, proporcionar las condiciones adecuadas para que se pueda cumplir esta exigencia.

La educación es deber y derecho del Estado en bien de los ciudadanos y en beneficio de la propia estabilidad social. Así Pedro Henríquez Ureña justifica la educación como un bien cultural en sí, que se estima en una doble perspectiva: Personal, en tanto permite a los individuos la actualización o desenvolvimiento de las capacidades personales, y social, en cuanto ofrece a los sujetos la posibilidad de superar las situaciones limitantes, como es el caso de los desventajados culturales.

La educación popular tiene un componente instrumental para los fines de permanencia del Estado: “Es preciso enseñar al pueblo los conocimientos, y si es posible las virtudes de que dependen la conservación y el éxito de las instituciones libres. Ningún gobierno libre puede vivir si deja que se pierdan las tradiciones de su historia, y en las escuelas públicas esas tradiciones pueden ser cuidadosamente conservadas y adecuadamente introducidas en el pensamiento y en la conciencia de las generaciones”^{5 6}.

La educación es deber y derecho del Estado por la necesidad de preservar las "condiciones de libertad política y social que son indispensables al libre desenvolvimiento del individuo"; y por su carácter de "instrumento universal mediante el cual el gobierno puede asegurar la instrucción a todos"^{5 7}.

Compete al Estado establecer la filosofía del sistema educativo, velar por la educación popular, apoyar e incentivar la iniciativa de los particulares por la alta cultura (Universidad), pagar la educación, pero no le compete monopolizar la administración educativa a nivel de la acción docente.

10- Educación Popular

Derecho de la población de un país a recibir la instrucción considerada necesaria para el ejercicio pleno y con conciencia de los deberes y derechos sociales y humanos y el uso de la libertad. En tal sentido, derecho a la escolaridad y derecho al acceso a los medios de comunicación que en los tiempos actuales tienen un papel tan determinante en el proceso educativo. Hasta mediados de siglo, este aspecto se reducía a los medios de comunicación escrita.

La educación popular tiene doble perspectiva: a) acceso a la cultura técnica, útil como profesión u oficio que permite al hombre desempeñar una labor necesaria en el plano social y personal; b) acceso a la alta cultura, al conocimiento desinteresado, el acercamiento a normas y principios del bien vivir y a los principios fundamentales de la ciencia.

Pedro Henríquez consideró que en la medida en que la mayoría de los miembros de la población de un país tienen acceso a la educación formal, él acrecienta sus posibilidades de desarrollo; así expresa: "La educación popular ha sido considerada fundamento de la democracia; y ella contribuye a un despertar intelectual, que en el caso de la América Latina crea y fortalece la confianza en su propia fuerza espiritual. La educación popular es causa de un florecimiento de la producción intelectual y artística, y de capacidad de autodeterminación. La postura adecuada ante la producción intelectual y artística de los países extranjeros ha de ser una actitud de discusión, de crítica, de prudente discernimiento, y no ya de la aceptación respetuosa"^{5 8}. La popularización de la educación ensancha los límites de la realización individual y social, permitiendo que se acepte como un derecho y se acreciente como un deber. De esta manera se aprecia la

educación como un proceso con intención de realización y de proyección. En esta perspectiva entiende el maestro que la educación, así como la sociedad, es un bien común; como tal, derecho de todos, no privilegio de unos pocos y que a través de esta se irradian las posibilidades personales alcanzando colectivamente niveles de realización cada vez más amplios.

¿Qué aspectos en una sociedad permiten que se aprecie la educación popular? La apertura hacia las expectativas de la población y la avidez de promoción cultural de los individuos. “Los pueblos protestantes comenzaron a leer después de la Reforma, los pueblos católicos desde la revolución francesa. Así se comprende como hubo de pasar 100 años para que una nación se diera cuenta de que la educación popular no es un sueño utópico, sino una necesidad real y urgente”.⁵⁹ Y a seguidas una afirmación categórica, contundente y definitiva: “No es lo mismo vislumbrar la civilización a través de los libros que verla en los pueblos. De lejos llegamos a figurarnos que la naturaleza humana no es una; de cerca vemos que en realidad es una sola, pero aprendemos a conocer las verdaderas diferencias íntimas y esenciales”⁶⁰.

11- Pedro Henríquez Ureña y la Filosofía

La concepción filosófica de Pedro Henríquez Ureña, el sentido de su vida y concepción del universo, se manifiesta tanto en su obra intelectual como en las acciones concretas relacionadas con la labor docente y su vida de hogar.

En la juventud, Pedro Henríquez Ureña critica los valores esenciales en que se apoya el positivismo, postura filosófica que caracteriza a varios educadores de su época, y que desde el siglo XIX contribuyó a enriquecer la metodología en el proceso educativo e introdujo variedad en la conducción de la docencia; tal es el caso de Eugenio María de Hostos. Sin embargo, Pedro Henríquez Ureña atiende al descuido progresivo de aspectos relacionados con la concepción humanista, relegados por el inminente auge de una concepción más tecnicista y científicista del proceso educativo, consecuencia de aquella postura filosófica. Estas consideraciones llevan al educador humanista a rechazar de plano el positivismo. A Alfonso Reyes le comenta en una de sus cartas: “Ojalá que reventaran los pedagogos positivistas. He seguido el curso de los acontecimientos pedagógicos y aunque no espero nada bueno, me divierto pensando que malo ha de quedar susti-

tuido por otro malo".⁶¹ La pauta señalada en este sentido contribuyó a que ya en 1907 los jóvenes estudiosos que lo redeaban en México, comenzaran a recelar y negar la postura positivista. De las cartas a Alfonso Reyes extraemos la siguiente confirmación: "La manifestación está decidida para el 22 de marzo, en la que no tomará parte ningún positivista y se dirán cosas sobre el positivismo...cierto que lo que los positivistas hacen es malo; pero lo juzgamos así porque lo que queremos es progresar no retrogradar, no debe dejarse paso a la reacción".⁶²

Si consideramos que la categoría de filósofos se define por la abundante creación intelectual de gruesos tratados metafísicos, o por la creación de teorías sobre el conocimiento, o la naturaleza de fines y valores, podríamos entender a Pedro Henríquez Ureña como intelectual que no cabría en esta categoría; pero el tener o no conocimiento a fondo de filosofía no le hace menos filósofo,⁶³ y es precisamente su obra la que le revela como tal.

No fue un metafísico consumado, pero sin lugar a dudas fue un filósofo de acción educativa pocas veces superable: amante de la sabiduría, inquisidor de la verdad, aspirante a la justicia y devoto de la belleza, son los rasgos que definen a un educador que apoya sus valores en una concepción del mundo claramente definida hacia el humanismo y, en cuanto a teoría educativa, con una marcada preferencia por Platón. De ahí su postura filosófica idealista y la estimación de la educación como valor en sí, único camino para actualizar las potencialidades individuales y sociales propia de la naturaleza de persona. Quizá, realmente le dominaron las esencias platónicas y quizás, ciertamente, pretendió racionalizar lo fantástico evidenciado en el calor con que defiende la utopía.⁶⁴ Pero utopía en el contexto de las ideas del maestro es el fundamento de lo real, es la idealidad que mantiene viva la llama de la aspiración a la realización. Utopía es el modelo donde se sintetizan los rasgos que caracterizan las actuaciones hacia donde debemos conducirnos.

Es posible que Henríquez Ureña recurriera a la utopía como recurso con que quiso resaltar la tendencia a ver en la cultura lo nacido del espíritu: "A propósito de tus utopías, no dejes de ver mi fragmento de discurso de altos estudios sobre el espíritu antiguo. Allí digo que el pueblo griego (que inventa la discusión y la crítica), mira al pasado y crea la historia, mira al futuro y crea las utopías"⁶⁵. El griego al mirar para atrás crea la historia, al mirar hacia el futuro crea la

utopía; desde esa perspectiva encontramos una concepción de la planificación que define una imagen aspirada que, establecida como idealidad, pauta las aspiraciones y norma las acciones. Utopía, en este contexto, es posibilidad que difiere de sueños insustanciales que no se pueden llevar a la realidad; es escudriñar el futuro tomando como pauta la cultura; es planificación objetivizada que deslinde los grandes objetivos culturales y sociales que conducen a la superación del individuo, ya mediante la educación popular, o el conocimiento profundo de la sociedad, ya mediante la aproximación a la alta cultura que definirá la imagen de sociedad futura hacia donde debemos conducirnos.

La actitud de filósofo de Henríquez Ureña se confirma en su continuo autoexaminarse y expresar sus sentimientos y pensamientos, en la búsqueda sistemática de los fundamentos de su acción y en la profundidad de sí mismo y de su obra, en la forma en que se enfrenta a la vida y la manera en que valora la cultura, en la atención a los problemas de orden estético y en su posición moral⁶⁶, en su criterio independiente y en la manera en que se enseñaba a afrontar los problemas, en su afición a examinar las cosas desde su raíz y el empeño por buscar la esencia de los problemas hasta llegar a la verdad.

12- Verdad y Belleza

En el espíritu filosófico de Pedro Henríquez Ureña se congujan lo intelectual y lo estético. Ambos aspectos son dimensiones subjetivas, ya que son propias de la vivencia interna del sujeto, en quien lo pensante y lo sensible interactúan influyéndose mutuamente en la percepción, la apreciación, la valoración y el juicio sobre las cosas, los hechos y las situaciones.

Junto al valor de la verdad que se categoriza por lo bueno en el orden de la apreciación ética y válido en el orden objetivo constatado en las relaciones causales establecidas, se encuentra en igual jerarquía el valor de la belleza. La belleza a su vez se categoriza por la armonía en el orden de la vivencia ética y el equilibrio en el orden objetivo. La experiencia intelectual persigue la verdad, que en el plano filosófico se representa por los principios y las causas inmediatas, y en el plano científico se representa por las relaciones causales entre los fenómenos, sus orígenes y consecuencias. La experiencia estética, a su vez, permite la captación de la belleza que en el plano filosófico se cristaliza en el goce interno que se experimenta con la posibilidad de estar tras

la verdad y, en el plano de la ciencia, en el descubrimiento mismo o en la estimación posterior que se tiene del hecho y que hace que el sujeto se admire y regocije al captar la realización de la humanidad en la obra producida como teoría o ley. La obra, efecto final del esfuerzo individual y colectivo, producto de empresas grandes y pequeñas y de una serie de acciones disciplinadas, o al azar, son elocuentes manifestaciones de la potencialidades del ser hombre.

Lo bello es elemento presente en el estilo literario de Pedro Henríquez Ureña, quien supo apreciar, además, la belleza de personas, cosas o situaciones. En sus cartas a Alfonso Reyes encontramos reiteradas alusiones a la belleza de la mujer y el paisaje. Acucioso en la observación del detalle -el vestido, lo elegante o la palabra- le hacen admirar y valorar la armonía y el equilibrio de las situaciones.

13- Espiritualismo y Vivencia Práctica.

“Por qué crees que no me gustan tus páginas místicas? Yo también soy místico. Tengo especial afección a cosas místicas de cierto tipo. Quizás tengo un misticismo formulado, quizás un misticismo ético”⁶⁷. Afirmación que es una declaración personal del espiritualismo que encontramos en la vida de Pedro Henríquez Ureña.

No obstante, nuestro maestro, a pesar de su vivencia espiritualista se nos presenta con marcados matices prácticos. En muchas ocasiones optó por la razón práctica como guía de sus acciones y de las orientaciones que con frecuencia ofrecía a cuantos con él se relacionaban. En este tenor acoge las conclusiones de Varona, de quien comenta fragmentos de una conferencia dictada por aquel: “Los que han analizado la duda - y nunca se ha analizado tan bien como en los tiempos modernos - distinguen siempre en el hombre la razón y el sentimiento; y cuando la razón pura se queda perpleja ante las antinomia, el hombre acude a la razón práctica para resolverse a la acción”.⁶⁸

14- Filosofía y Ciencia

En Pedro Henríquez Ureña se percibe la filosofía como vivencia estructural que afecta al sujeto en todas sus dimensiones. Filosofía es realización total. La ciencia, por su parte, se percibe referida fundamentalmente a la dimensión cognoscitiva del sujeto. Ciencia es visión objetiva de la realidad cuyo propósito debe ser comprender los fenómenos del mundo, de la vida y de la sociedad a la luz de las

facultades intelectuales del sujeto. No obstante, tanto la actividad filosófica como la científica demandan libertad del espíritu y liberación de las imposiciones del ambiente. El ejercicio filosófico, así como el científico, implica un reto que compromete a realizaciones serias y sistemáticas.

15- Escepticismo y Madurez

En el pensamiento y reflexión interna, expresados en las obras de Pedro Henríquez Ureña, sobre todo en el matiz de las cartas escritas a Alfonso Reyes, hay referencia expresa al escepticismo que se aferra al sentido práctico.

Planteamientos que se expresan con la melancolía propia de un espíritu romántico golpeado por las adversidades del ambiente que limita la expresión genuina del sentimiento. En carta del 1908, acuciado por el constante impulso de orientar al amigo, refiriéndose a su experiencia en New York, comenta: "...lo que podía soportar yo antes, cuando tenía más empeño o más necesidad de resistir y cuando la vida newyorkina, por lo mucho que todavía me ofrecía de nuevo, me seducía completamente; no ahora, cuando ya mi modo de ser comienza a petrificarse y cuando prefiero "la pequeña dicha" (drama de Anatole France) a la "vida íntima"⁶⁹ Y más adelante desenredando el hilo de su melancolía: "Observa William James que la mayoría de la gente se "petrifica" o menos cruelmente dicho, queda definitivamente modelada a los veinticinco años, en lo mental y moral; pues en lo físico, el proceso termina antes, a los veintitrés, según creo"⁷⁰. Conformismo, insatisfacción de la meta no alcanzada, sentido de realidad que le conduce a apreciar las limitaciones con mayor objetividad, situación propia de personalidades inteligentes y conducta equilibrada. En cualquier caso, madurez y escepticismo son correlativos para nuestro educador que percibe en este estado un aminoramiento del optimismo, la ilusión y pasión propias a la fogosidad y frescura juvenil que enfrenta la vida con osadía, ..."no quiero hacer la cursi figura literaria de que me estoy tornando viejo; pero sí es cierto que he llegado al escepticismo, característico, no de la vejez, sino de la madurez, según Stirner. No tengo fe en la humanidad, ni me importa gran cosa (el egoísmo es otro signo de madurez- todas las teorías "generosas" se aceptan en la juventud); día por día he ido recordando algo de mis esperanzas: Ya no pretendo ser un verdadero literato, me conformé con el dilettantismo más honrado que quepa en este medio; ya no sueño con una posición de verdadera holganza, que me permita viajar frecuentemente; ya no deseo sino una cosa sencilla, un propósito práctico, vulgar, burgués"⁷¹. Otro rasgo de madurez es el

acostumbramiento a las situaciones con secuela de preocupaciones; así conocemos a un Pedro Henríquez Ureña a los 39 años confesándose viejo:... soy, como antes, reacio a los hábitos. Ya me voy haciendo viejo, y comienzo a notar que me acostumbro a las cosas; pero afortunadamente no mucho todavía. Dice Walter Pater que "Lo malo es contraer hábitos. Yo, desde antes de leerla, así pensaba".⁷²

Es posible que las anteriores expresiones hayan sido derivadas de situaciones ocasionales y que luego de superadas cambiase el estado de ánimo del maestro. Sobre todo, si tomamos en cuenta que las reflexiones expuestas van encaminadas al consejo y a la orientación y son algo más que desahogo de poeta: "Cuando yo veo a individuos como Acevedo, como Caso, como tú, que desperdician lo que tienen, por pereza, por falta de resistencia moral pienso que si pudieran sentir personalmente mi caso se esforzarían en aprovechar sus fuerzas, en no poder un momento que es único, porque es la juventud con los medios de realizar lo que se quiere y lo que se debe"⁷³. Cansancio de un momento, quizás escepticismo que va posesionándose de un espíritu romántico, perplejo y sorprendido ante las adversidades de un medio áspero para el fomento de las relaciones humanas y donde el valor fundamental de la vida está determinado por la estimación del tener material y la realización personal determinada por el poder y la influencia que de la acumulación de bienes se desprende.

16- Actitud de Vida.

Espíritu independiente, equilibrado y sin complicaciones, y de extraordinaria lucidez para reconocer la evolución de su persona y los rasgos fundamentales de su carácter, son las notas que describen la forma de vida y la pauta del comportamiento de Pedro Henríquez Ureña. Su actitud de vida se sintetiza en la siguiente declaración: "Poco a poco han comenzado a pesar sobre mí las cosas. Tú sabes que yo gusto de una vida feliz y sin tropiezos, cuando los demás quieren sentir del mismo modo. No todo han sido armonía perfecta en nuestro mundo; pero fíjate en que yo, aunque podía ser el centro de la irradiación -como en todo- nunca era la fuente del disgusto".⁷⁴

Lo que describimos como actitud ante la vida, producto del enfrentamiento con las adversidades y la riqueza de experiencia positivas, se amalgama y cristaliza en la madurez de un espíritu en donde se conjuga el optimismo con el escepticismo en una marcada referen-

cia al estoicismo. Pero en cualquier caso, los elementos negativos del pesimismo son revertidos en posiciones positivas con un definitivo impulso hacia la superación; suposiciones que se desprenden de las siguientes referencias: "Al enterarme de tu carta tuve la misma impresión que cuando recibo cartas de mi padre: la que sólo me habías de hablar de cosas tristes. Yo no dudo que tú, tanto como él, tengan mucho que sufrir: pero todo puede sobrellevarse con tranquilidad. Yo no soy un modelo de resignación en la adversidad, y ni aún en las contrariedades pequeñas; pero así creo que no debo hablar demasiado de mis cosas. Y menos en la correspondencia, yo concibo la correspondencia como placer, mucho más que como desahogo. Porque lo más grave de una carta triste es la imagen que da del estado de ánimo en que vive el que la escribió. En cambio aunque el escribir cartas a menudo te cueste esfuerzo eso mismo influirá en que tengas una o dos horas alegres después de escribir"⁷⁵

NOTAS

- 1- Epistolario Intimo t III, Página 193
- 2- Ibid, Página 268
- 3- La Madre de Pedro Henríquez Ureña, Salomé, tenía instalado en su propia casa el Instituto de Señorita fundado por ella.
- 4- El poema "A mi Pedro" es elocuente mensaje.
- 5- Epistolario Intimo, t III, Página 475.
- 6- Ibid, página 265
- 7- Antología, Prólogo, pág. XI
- 8- Epistolario Intimo, t XI, Pág. 125
- 9- Obra Crítica, Prólogo, pag VII.
- 10- "Ante que nada fue maestro y de los más grandes de América", expresa R. Feo y Borges "El nombre de maestro y amigo sugiere ahora palabras como maestro de América"; Alfonso Reyes lo ha comparado a A. Bello al referirse a sus grandes cualidades.
- 11- Jiménez Rueda, Julio. Pedro Henríquez Ureña, profesor en México, Pág. 178
- 12- Antología, Prólogo, Página XXXIX.
- 13- Ibid, Página XLIII
- 14- Obra Crítica, Prólogo, Pag. IX
- 15- Ibid, Página VIII.
- 16- Espitolario Intimo t II. Pág. 145

- 17- Ibid
- 18- Espitolario Intimo, t I. Pág. 76
- 19- Ibid
- 20- Ibid, pág. 252
- 21- Ibid, pág. 273
- 22- Epistolario Intimo, t II, pág. 9
- 23- Obra Crítica, Prólogo, pág. VIII
- 24- Epistolario Intimo, t II, pág. 45.
- 25- Ibid, pág. 9
- 26- Ibid, pág. 15
- 27- Ibid, págs. 17 y 113
- 28- Ibi, págs. 113 y 195
- 29- Epistolario t I, pág. 43.
- 30- Epistolario Intimo, t II, pág. 142
- 31- Frente a la alusión de un periódico americano en el 1916, en el sentido de la preferencia de Pedro Henríquez Ureña por aquel país, este respondió que: "su país, pequeño y desventurado era el suyo, por lo tanto, el de su invariable predilección". Antología, prólogo, pág. XLVI.
- 32- La Utopía de América, La Plata, 1925.
- 33- Antología, El Descontento y la Promesa, pág. 56
- 34- Antología. El Papel de Santo Domingo en la Historia Lingüística de América. Página 151.
- 35- Ibid, página 152
- 36- Obra Crítica, Prólogo, pág. VIII.
- 37- Ibid, página VIII
- 38- Antología: Camino de Nuestra Historia Literaria. Página 106-107.
- 39- Antología, Patria de la Justicia, pág. 70.
- 40- Epistolario Intimo, t I, página 41.
- 41- Ibid, página 232
- 42- Ibid, página 244
- 43- Epistolario Intimo, t II pág. 45.
- 44- Ibid, página 49 y 50.
- 45- Anderson Imbert, Enrique. "Homenaje a Pedro Henríquez Ureña". (En: Sur, Buenos Aires, XV, número 141, julio 1946.
- 46- Antología, El Descontento y la Promesa, pág. 51
- 47- Universidad y Educación, pág. 51
- 48- Antología 1e. Patria de la Justicia, Pág. 70

- 49 **Ibid, Pág. 73**
- 50 **Antología: Camino de Nuestra Historia Literaria. Página 103**
- 51 **Ensayos, Influencia de la Revolución en la vida Intelectual de México, Pág. 315-316**
- 52 **Educación y Universidad, Página 70-83**
- 53 **Ibid**
- 54 **Ibid**
- 55 **Ibid**
- 56 **Ibid**
- 57 **Ibid**
- 58 **Ensayos, la influencia de la Revolución en la vida Intelectual de México. Pág. 315-316**
- 59 **Epistolario tI. Página 322**
- 60 **Epistolario Intimo, t II, Página 44**
- 61 **Epistolario Intimo, tI, Página 47**
- 62 **Ibid, Página 54**
- 63 **Juan Isidro Jiménez Grullón: Pedro Henríquez Ureña. "Realidad y Mito". Ed. Librería Dominicana, Santo Domingo, 1969.**
- 64 **Ibid**
- 65- **Epistolario Intimo, t I, Pág. 253.**
- 66- **Nunca transigió con lo que no compartía, así en literatura, en educación, en filosofía y en política.**
- 67- **Ibid**
- 68- **Ibid, pág III**
- 69- **Ibid, pág 74**
- 70- **Ibid, Página 75**
- 71- **Ibid**
- 72- **Ibid, pág. 163**
- 73- **Ibid, pág. 76**
- 74- **Ibid, pág. 229**
- 75- **Ibid Página 246**

BIBLIOGRAFIA

- 1- **Henríquez Ureña, Pedro. Antología. Compilación y Prólogo de Max Hen-**

- rriquez Ureña. Ciudad Trujillo: Librería Dominicana, 1950. (Colección Pensamiento Dominicano).
- 2- Antología. Compilación y Prólogo de Max Henríquez Ureña. 2e., Santo Domingo, Librería Dominicana, 1984.
 - 3- Obra Crítica. Compilación por Emma S. Speratti Piñero; Prólogo Jorge Luis Borges. México, Fondo de Cultura Económica, 1960.
 - 4- Selección de Ensayos. Selección y Prólogo de José Rodríguez Fco. La Habana, Casa de las Américas, 1965.
 - 5- Ensayos: Selección y Prólogo por José Alcántar Almazán. Santo Domingo, Ediciones Taller, 1976.
 - 6- Universidad y Educación. México, Dirección General de Difusión Cultural, 1969.
 - 7- Henríquez Ureña, Pedro Alfonso Reyes. Epistolario Intimo. Recopilación de Juan Jacobo de Lara -t I-Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1981.
 - 8- Epistolario Intimo -t II, 1981.
 - 9- Epistolario Intmo t-II, 1983.
 - 10- Grullón Jiménez, Juan Isidro. Pedro Henríquez Ureña: Realidad y Mito y Otro Ensayo, Editorial Librería Dominicana, 1969.
 - 11- De Lora, Juan Jacobo. Pedro Henríquez Ureña: su vida y su obra. Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1975.
 - 12- De Nolasco, Flérida. "Pedro Henríquez Ureña y su tesis de Doctorado". (En: Aula, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo, 1, 11-30 julio-- dic. 1972).
 - 13- Lebrón Saviñon, Mariano. "Pedro Henríquez Ureña, Un Humanista Hispánico" (En: Aula, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo, 1, abril-junio de 1972).
 - 14- Sábato, Ernesto. "Significado de Pedro Henríquez Ureña, (En: Aula, Universidad Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo, 3 número 12-13 enero-junio de 1975).
 - 15- Anderson Imbert, Enrique "Homenaje a Pedro Henríquez Ureña", (En: Sur, Buenos Aires, XV, número 141, julio 1946.)